

COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS

Commercio e cultura mercantile, a cura di Franco FRANCESCHI, Richard A. GOLDTHWAITE e Reinhold C. MUELLER, volume quarto di *Il Rinascimento italiano e l'Europa*, opera diretta da Giovanni Luigi FONTANA e Luca MOLÀ, Fondazione Cassamarca, Angelo Colla Editore, Treviso, Costabissara, 2007, 840 pp y 153 imágenes. ISBN 978-88-89527-16-0.

Este libro constituye la cuarta entrega de un vasto proyecto de publicación, en doce volúmenes, de la obra titulada *Il Rinascimento italiano e l'Europa*. Como declaran los directores del conjunto del proyecto (Giovanni Luigi Fontana y Luca Molà), dicha obra se propone ofrecer un panorama actualizado, aunque no tanto enciclopédico como selectivo y argumentativo, sobre un ámbito de estudios que se califica de “todavía ampliamente inexplorado”: el de la influencia ejercida por la civilización del Renacimiento italiano en Europa y, a la inversa, el peso que los países europeos tuvieron en el desarrollo de la Italia del período. Un período, éste del Renacimiento, que cubriría el amplio arco temporal que va del siglo XIV al XVII, siguiendo una perspectiva cronológica de raíz eminentemente anglosajona y rompiendo, por tanto, las barreras de la división académica más tradicional entre la edades Media y Moderna.

En este contexto, era inevitable que algunos de los volúmenes de la colección se dedicaran a cuestiones económicas. Ese es precisamente el caso del libro que sometemos a reseña aquí, que se consagra al comercio y a la cultura mercantil, pero que se concibe en estrecha conexión con el volumen anterior de la serie (el tercero) que trató de producciones y técnicas. Según los editores del cuarto tomo (Franco Franceschi, Richard A. Goldthwaite y Reinhold C. Mueller), ni éste ni el tercero pretenden ofrecer una visión global de las economías italianas entre el Trescientos y el Seiscientos, ni tampoco reconstruir el ambiente de cada espacio territorial específico dentro de un cuadro sintético unitario. Por el contrario, lo que se busca es suscitar problemas, indicar nuevas directrices de investigación y, en su caso, gracias a la redefinición impuesta por el marco cronológico apuntado, ubicar los éxitos indudables de la creatividad y productividad italianas en el horizonte más extenso de los cambios que caracterizaron al mundo moderno (p. X). Así, combinando diversas ópticas geográficas (italianas y europeas) y temporales (medievales y modernas), se aspira a superar algunos de los abismos historiográficos que, tantas veces, han fragmentado el estudio de la economía de estas centurias.

A partir de estos objetivos, y después de una introducción clarificadora a cargo de los mencionados editores (pp. IX-XIV), este cuarto volumen se estructura en cuatro grandes capítulos y veinticuatro contribuciones particulares que dibujan una imagen muy atrayente acerca del universo mercantil renacentista. Pero, en mi opinión, esto no evita dos dificultades.

La primera, que puedan detectarse en el conjunto algunos vacíos de contenido, que son reconocidos por los mismos editores y atribuidos por ellos en parte a la defeción de cierto número de autores (p. XIV). Vacíos que, por ejemplo, desde la perspectiva española, quizá podrían hallarse en el libro, de entrada, en la poca o menor consideración del ámbito de relaciones entre Italia y la península Ibérica, frente a la mayor observación de los vínculos construidos entre la propia Italia y el Levante mediterráneo o la Europa atlántica y septentrional.

La segunda, que la especialización científica y académica de cada autor acostumbra a obstaculizar la que creo que es la loable intención de sobrepasar las fronteras entre lo medieval y lo moderno, ya que varias de las contribuciones del volumen quedan muy marcadas por una impronta de argumentos o básicamente medievalista o básicamente modernista. No obstante, en la suma global, el período que va de finales del siglo XV a inicios del siglo XVII parece configurarse como el más abordado dentro de los veinticuatro estudios que ven la luz aquí. Y entre otras cosas, como vuelven a resaltar los editores (p. XIV), ello permite valorar bien para esa etapa los procesos de crecimiento económico europeo, la tendencia positiva de las economías urbanas y regionales, la participación de Italia y de sus hombres de negocios en tales fenómenos o, también, la evolución de los países italianos en comparación con la rápida expansión experimentada entonces, durante un “largo Quinientos”, por la Europa noroccidental.

Ninguna de las dos dificultades señaladas, bastante habituales por otro lado en publicaciones de tanta magnitud como ésta, quita mérito al tomo. Si a ello unimos la alta perfección formal de la edición, y la complementariedad establecida entre las páginas de texto propiamente dicho (pp. 1-677), el *atlante delle immagini* que incorpora 153 ilustraciones de gran calidad (pp. 679-784) y los correspondientes índices onomástico y toponímico (pp. 785-817), el resultado final ofrece un balance óptimo. Por eso, la lectura y la consulta de este libro son plenamente recomendables para los interesados en la economía renacentista, mucho más si tenemos en cuenta la abundancia y la variedad de los temas incluidos y la voluntad de darles un tratamiento lo más actualizado posible. Desde luego, no hay espacio suficiente en esta reseña para resumir con detalle todos esos temas. Pero sí conviene dar algunas pinceladas sobre los mismos, con el fin de que pueda apreciarse la extraordinaria riqueza del volumen.

El primer capítulo del libro se titula *Un panorama in trasformazione*, e integra tres artículos: los del malogrado Stephan R. Epstein sobre la economía italiana en el marco europeo renacentista (pp. 3-47), que reproduce en realidad un texto publicado en otro foro, pero que se repite aquí porque el fallecimiento del autor le impidió culminar el ensayo que se le había encomendado para esta obra; de Thomas A. Kirk sobre las respuestas italianas a los cambios económicos, sobre todo desde el XV y aún más desde el XVI (pp. 49-69); y de Maria Luisa Pesante sobre la posible existencia en la época de un pensamiento económico laico (pp. 71-102).

En cuanto a trabajos focalizados en general en la situación práctica y teórica de la economía del Renacimiento italiano y continental, estas tres aportaciones significan una buena contextualización inicial de todo lo que se desarrolla después en el tomo. Una contextualización en la que se perfeñan dos asuntos clave, de tratamiento ya clásico en la historiografía, pero que siguen originando debates de manera más o menos recurrente: el de la “crisis” de finales del Medievo, a la que Epstein otorga el carácter de “destrucción creadora” (pp. 10 y 33) y sobre la que destaca, a escala europea, lo que conllevó de mejora estructural (p. 15), pero también de diferenciación entre países y territorios, muy en especial por lo que se refiere a las relaciones campo-ciudad (pp. 44-47); y el de la decadencia del primado económico italiano dentro de Europa, en el sentido de que si Italia concentraba a inicios del XIV niveles medios de vida, de productividad agrícola e industrial y de innovación tecnológica que estaban entre los más avanzados del continente, desde el Quinientos la misma península fue perdiendo el paso frente al dinamismo de otras regiones (pp. 5-9). De ahí la célebre tesis sobre el declinar económico global de Italia en las primeras fases de la Edad Moderna. Esta teoría se ha concebido muchas veces como un dato evidente de la realidad histórica. Pero, sobre ella, Kirk introduce en su artículo algunas matizaciones en la línea de enfatizar más las modificaciones del período, de rebajar la percepción absolutamente negativa del presunto “declinar” y, aparte, de recordar las divergencias entre las múltiples “Italias” existentes entonces (pp. 49-50 y 67-69).

Mucho más específicas son las contribuciones del segundo capítulo del libro. Éste, dedicado a *Le merci*, recoge lo que los editores denominan “el primero de los

núcleos temáticos” del volumen: el examen del comercio de varios tipos de bienes que se han estimado particularmente indicativos del clima económico renacentista (pp. XI-XII). Entre esos bienes se han considerado algunos concernientes a sectores de consumo tanto elevados como de inferior categoría y, en ellos, en muchas ocasiones, una pregunta central deriva de interrogarse acerca de las relaciones (de importación o exportación, de demanda u oferta, de dependencia o no) entre las producciones italianas, levantinas o septentrionales europeas. Así se fundamenta el despliegue de nueve artículos más, que se consagran al intercambio y la distribución de paños de lana (John H. Munro, pp. 105-141) y seda (Sergio Tognetti, pp. 143-170), de armas (Silvio Leydi, pp. 171-190), de libros impresos (Leandro Perini, pp. 191-225), de la cerámica conocida como “mayólica” (Timothy Wilson, pp. 227-245), de pinturas (Neil de Marchi y Louisa C. Matthew, pp. 247-282), del mármol (Geneviève Bresc-Bautier, pp. 283-308), de las antigüedades (Patricia Fortini Brown, pp. 309-337), y de los esclavos (Sally Mckee, pp. 339-365).

Estos textos ilustran en concreto algunos de los fenómenos diseñados en el apartado anterior. Por ejemplo, el componente transformador de la “crisis” bajomedieval, reflejado en casos como el aumento tendencial de oportunidades para el mercado de productos séricos entre 1350-1450, frente a los mayores inconvenientes coetáneos de la industria lanera (pp. 148-149). O, también por ejemplo, la confirmación del declive progresivo –general o territorializado– de las elaboraciones italianas de tejidos de lana desde el siglo XVI (pp. 129-141) y de seda desde el XVII (pp. 166-170), ante el empuje y la capacidad competitiva de manufacturas como las francesas, las holandesas o las inglesas. No obstante, los trabajos de este segundo capítulo no dejan tampoco de integrar en el discurso factores nuevos o, por lo menos, no tan resaltados hasta estas páginas. Entre ellos me gustaría subrayar los concernientes a la relación economía-cultura (pp. 194-198); a la discusión sobre si también existió en las centurias modernas un estancamiento de la intelectualidad italiana, vinculada al problema del acompañamiento de los ritmos históricos de la vida social y económica con los de la vida cultural (pp. 224-225); y a la significación en este contexto de un tráfico de objetos artísticos que, ahora sí, encuentra magníficas muestras en el comercio Italia-España desde el siglo XV (pp. 252-263 y 292-297).

Como se indica en estas últimas referencias, de la importación a España (y, después, incluso a América) de pinturas y esculturas hechas en la península Italiana se aprovecharon los grupos altos y medios de la sociedad española. Pero también se beneficiaron las colonias de mercaderes italianos activas en tierras ibéricas, que recurrían a sus conciudadanos para recrear con el arte “pequeñas Italias” allí donde estaban asentados. Esto permite destacar, por un lado, a través del modelo hispánico, la bien conocida diáspora de los operadores económicos italianos por buena parte de Europa y el Mediterráneo y, por el otro, con un carácter más general, la trascendencia de la movilidad geográfica de los hombres de negocios de cara a la vertebración del sistema económico de relaciones, sobre todo en su vertiente internacional.

Sin duda, esta certidumbre justifica la apertura del tercer capítulo del volumen, titulado *Commerciare fuori dalla patria*. En él se incluyen dos contribuciones de argumento quizá más preciso, sobre el comercio italiano en el área otomana (James D. Tracy, pp. 425-453) y sobre el papel de los mercaderes en el marco de la circulación de las ideas religiosas (Rita Mazzei, pp. 455-478). Y otras dos de contenido más amplio de acuerdo con el planteamiento del libro, que abordan la presencia de agentes extranjeros en Italia (Maria Fusaro, pp. 369-395) y, a la inversa, de “naciones” mercantiles italianas en el exterior (Giovanna Petti Balbi, pp. 397-423).

Justamente, estos dos últimos artículos aportan diversas consideraciones conceptuales sobre nociones como las de “extranjero” y “forastero” (p. 371) o “nación” (pp. 397-401); efectúan un recorrido por las comunidades italianas instaladas en Europa o por algunas de las foráneas que se establecieron en Italia; y, de todas ellas, apuntan datos sobre el comportamiento social de sus miembros, sus variables de integración o no en la sociedad hospedante, y el peso de los movimientos económicos que los inmigrados desplegaron. Pero, aparte, ubican también la actividad extranjera en las realidades locales

en el seno tanto del inicio de la expansión del capitalismo comercial europeo a escala global (p. 393), como de la construcción de elementos de autorepresentación colectiva de los propios grupos de desplazados y de una cultura mercantil esencialmente pragmática, empírica y cosmopolita, forjada gracias a experiencias e informaciones diversificadas y a una vasta red de referentes, que combinaban múltiples interacciones comerciales, financieras, diplomáticas y específicamente culturales (pp. 419-423).

La afirmación de los principios a los que acabo de aludir enlaza a la perfección con lo que, para los editores, es el segundo de los grandes “nudos temáticos” del volumen: el análisis del conjunto de técnicas y saberes elaborados por los hombres de negocios, que se destinaron a conformar una herencia cultural de larga duración. Por descontado, en este terreno, es casi inevitable que el libro aspire a fijarse –una vez más– en el liderazgo de los mercaderes italianos desde los tiempos medievales a la hora de dar vida a determinados instrumentos comerciales y organizativos, y hasta de originar una visión propia del mundo en el que trabajaban. Instrumentos y visión sobre los que siempre cabe la posibilidad de preguntarse cuál fue su influencia o su difusión en diversas partes de Europa y, a partir de aquí, interrogarse hasta qué punto hubo creaciones autónomas al respecto en esa otra Europa que, siguiendo la orientación básica del tomo, es especialmente su ángulo noroccidental (pp. XII-XIII).

Las ideas sobre estas cuestiones se dispersan un poco por todo el volumen. Pero es en su cuarto y último capítulo (*La pratica degli affari*) donde se concentran más, con ocho nuevos artículos sobre la formación del hombre de negocios renacentista entre los ámbitos escolar y empresarial y su consecuencia en cuanto a conocimiento del mundo (Ugo Tucci, pp. 481-498); sobre la circulación de la información comercial mediante avisos, noticias, cartas o listas de datos mercantiles y financieros (Mario Infelise, pp. 499-522); sobre el espionaje económico (Paolo Preto, pp. 523-541); sobre las técnicas bancarias a nivel organizativo y de desarrollo o gestión (como la partida doble y la letra de cambio), en conexión con la evolución de la iniciativa italiana en este campo (Francesco Guidi Bruscoli, pp. 543-566); sobre las modalidades del pequeño crédito al consumo en Italia (Maria Giuseppina Muzzarelli, pp. 567-589) y en Europa (Myriam Greilsammer, pp. 591-621), teniendo en cuenta a algunos de sus protagonistas (los banqueros judíos, los “lombardos” o la institución de los “montes de piedad”); sobre la condición innovadora de los mercaderes en ciertos sectores industriales de los siglos XIV-XVII (Luca Molà, pp. 623-653); y, finalmente, sobre la relación entre la práctica mercantil y el arte de vivir o, expresado en otras palabras, entre el mercader renacentista y el ambiente donde operaba, en particular mediante las reglas de comportamiento que guiaban tanto los intercambios como, en general, los lazos sociales (Philippe Braunstein y Franco Franceschi, pp. 655-677).

Lo que emerge en este postrer capítulo es una economía comercial que no descuida a sus protagonistas humanos, y a los que disecciona en una perspectiva que puede denominarse sociocultural o, incluso, si se quiere, antropológica. Es cierto que, en bastantes ocasiones, la mirada sobre ellos parte en el volumen de esos mercaderes italianos de categoría medio-alta y de actividad internacional que han sido casi mitificados demasiadas veces por la historiografía. Pero, a lo largo de las casi setecientas páginas de texto de la obra, pienso que la percepción de los agentes del mercado en un marco plurisecular, el deseo de apreciar la variedad de sus estrategias sociales y económicas, el intento de examinarlos en distintos niveles de actuación (desde los más simples hasta los más complejos), la comparación que se establece entre los italianos y otros grupos europeos de operadores y el contexto general en el que tratan de ser integrados, sobre todo en las ciudades del continente, confieren una gran significación a los argumentos que se desarrollan sobre los actores mercantiles de la economía renacentista.

Quizá, una acusación que podría hacerse a este libro es la de que, en un balance aproximativo y global, predomina en él la insistencia en asuntos muy desbrozados ya por los estudios del comercio medieval y moderno (por ejemplo, la vertiente urbana de ese comercio, su observación en los escalafones superiores y de mayor proyección técnica y

geográfica, o la importancia de las colonias de mercaderes extranjeros). Y esto iría en contra de algunas de las orientaciones más recientes de la historiografía, que vienen enfatizando desde hace años los elementos ligados a los sectores inferiores del mismo comercio, más centrados en el despliegue cotidiano de los intercambios y, muchas veces, reunidos en ámbitos semiurbanos o rurales. Sin embargo, aparte de que es probablemente el propio planteamiento de la colección a la que pertenece el tomo el que lleva a adoptar una perspectiva y no otra, no hay que olvidar que, incluso en los temas del comercio renacentista urbano de mayor nivel, todavía quedan muchas cosas por investigar y por decir, aunque alguien pueda creer que no es así. Por ello, este volumen supone una aportación trascendente y, lo repito, de consulta plenamente recomendable.

DAVID IGUAL LUIS
Universidad de Castilla-La Mancha